

Estudio biográfico leído por el Excmo. Sr. Don Modesto LÓPEZ

OTERO, en el Centenario del nacimiento del insigne Arquitecto Don

Isidro GONZÁLEZ VELÁZQUEZ, en la Junta del Pleno de la Real Acade-

mía de Bellas Artes de San Fernando, celebrada el día 23 de Diciem-

bre de 1.940.

=====



61

El Sr. López Otero pide la palabra para manifestar que se han cumplido precisamente en este mes, los cien años del nacimiento del insigne arquitecto Don Isidro González Velázquez.

No está ciertamente en su ánimo el proponer a la Academia que añada una nueva conmemoración a la celebrada con motivo del homenaje del centenario de Don Juan de Villanueva, pero sí cree que importa no dejar pasar inadvertida esta fecha sin que la Academia rinda, aunque modesto, un homenaje a la memoria del esclarecido artista. A este fin responde el estudio biográfico que con la venia del Sr. Director leerá a continuación.=

Así lo hace, dando lectura seguidamente a las siguientes cuartillas:

"Don Isidro González Velázquez nació en Madrid en 1.765 y murió, también en Madrid, el 7 de Diciembre de 1.940.

Silvestre Pérez, Antonio López Aguado y él, son los arquitectos más interesantes como poco estudiados, del primer tercio del siglo XIX. Oean Bermúdez que escribió una pequeña biografía del primero, no llegó a ocuparse de Don Isidro González Velázquez. Caveda le dedica unos párrafos en sus Memorias de esta Real Academia; las historias de la arquitectura le consagran unas líneas, y acerca de algunas de sus obras han aparecido dos o tres artículos en nuestra revista profesional. Pero no existe, aunque bien lo merece, la biografía crítica, que quizás un día escribamos, juntamente con las de otros arquitectos fernandinos y románticos.

Como su maestro, Don Juan de Villanueva, Velázquez nació en hogar de artistas; tuvo la protección de la Academia de San Fernando y estuvo pensionado en Roma. Su formación fué, por lo tanto, fácil y completa y al volver a la Corte, bien poseído de neoclásico, ya en crisis, se le allanaron los caminos del trabajo y del oficio. Fué ayudante o teniente de su maestro, al que siempre guardó respeto y devoción ejemplares, y con el cual colaboró extensamente en varias obras, especialmente en la casa del Labrador de Aranjuez, donde la intervención de Velázquez, es superior a la de Villanueva. En la decoración y en los



detalles constructivos de tan precioso palacete, se aprecia la cualidad de ornamentista, menudo pero elegante y bien enterado del estilo en boga, de este arquitecto de fina adaptación, mas que de grandes vuelos.

Tan leal como el maestro, lo fué al Rey legítimo y no queriendo servir al intruso, se desterró voluntariamente a Baleares, siendo nombrado arquitecto Mayor de Palacio, al restaurarse en el trono Fernando VII. Su labor principal es, desde entonces, la tarea de las obras reales, nada lucida, ya que después de Sabatini, de Ventura Rodríguez y de Villanueva, en realidad estaba todo hecho.

Sin embargo, en 1817, y por orden del Monarca, proyectó Don Isidro su obra principal: La Plaza de Oriente, ejemplo de composición urbanística de aquella época, muy discutida y fracasada, pero que de haberse logrado, aún con todos sus defectos, hubiese impedido la destartada arquitectura que hoy rodea al Palacio. Con el concepto unitario de buen arquitecto, trazó una galería circular abierta frente al gran monumento, terminada en graciosos templete, y respaldada por construcciones de escasa altura, todo ello de composición muy sobria y discretamente armónica con el tema principal. En el diámetro normal a la base de la plaza, estableció el eje del Gran Teatro, que luego edificó su rival López Aguado, con el proyecto, preferido al de Velázquez que, con modificaciones, llegó a nuestros días. En esta obra de urbanización, abandonada apenas comenzada, tanto por error de tamaño como por onerosa al Tesoro Real, su autor es también el arquitecto, minucioso y pequeño, pero claro y correcto, en el que se inician ya las licencias que caracterizan este periodo.

Se afirma su prestigio con la elección, en concurso público, 1821, de su proyecto de Monumento a los héroes del 2 de Mayo, que es el obelisco, según la moda napoleónica de la Plaza de la Lealtad.

Como Arquitecto Mayor se ocupó de reformas y adiciones en el Palacio del Pardo -(iglesia, teatro)- con el respeto posible a la obra del antecesor y al conjunto arquitectónico. Sus últimas obras,



los proyectos de la iglesia de la Isabela y de la ermita de aquel Sitio Real, nada agregan a la producción, no muy fecunda, de este arquitecto digno de mejor fortuna.

La escasez de obras en tal dilatada y preminente vida, se explica por la situación de la España de Fernando VII, empobrecida, desgarrada por luchas civiles, atormentada por pasiones políticas. Así ha podido calificarse su arquitectura de estéril y sin embargo tiene un cierto valor evolutivo, de transición, de iniciación, que debiéramos estudiar.

Ciertamente, la arquitectura de tales días es una consecuencia neoclásica. Los que la profesan con distinción, han sido formados en la mas rígida preceptiva, como discípulos de Ventura Rodríguez, de Arnal o de Villanueva; pero, obedeciendo a la ley interna de transformación de constante en sentido de superación o renovación, e influidos por las fuerzas externas, inexorables, ofrece una diferencia de la pureza neoclásica en dos directrices contrarias: Una, la de Silvestre Pérez, es la mas ortodoxa y rígida, como obra de humanista, acentuando la sequedad, la austeridad, la desornamentación, no exenta de cierta decadente melancolía debiendo notarse que así como con la biografía de este arquitecto, termina con la serie de sus "Noticias", también con él se extingue, apurada y exhausta, la pura arquitectura neoclásica.

Isidro Velazquez, mas endeble, mas fácil y propicio a la influencia de lo nuevo, es el que por su misma flexibilidad, autoriza las primeras licencias estilísticas en sentido decorativo, que hacen su producción mas singular. Y en lugar de ser final, como la de Silvestre Pérez es comienzo de formas nuevas: del neo-dórico, en los templos de la columnata de la Plaza de Oriente; del o neo-alejandrino, en el monumento del 2 de Mayo y siempre apartándose de los cánones vitrubianos, en cuya armazón o fondo -(de aquí la confusión con lo decadente)- se incrustan los nuevos temas y elementos de los estilos resucitados. Una vez mas se verifica aquí el tránsito de una época arquitectónica a otra, por el debil puente de las formas ornamentales y por arquitectos tímidos, de fina sensibilidad, fáciles a toda seducción artística.

Sin entrar en materia, que cansaría a los señores Académicos, p-





don apuntarse las causas de todo esto: desde luego el temperamento de Isidro Velázquez y su actividad principalmente decorativa. Los crecientes descubrimientos arqueológicos y sus publicaciones que van llegando a España. La obra contemporánea de Schinkel. Las obras pequeñas, con preferencia a las grandes composiciones monumentales. El ambiente anti-clásico, en fin, de otras actividades intelectuales y artísticas, de raíz lejana.

Todo ello conduce a considerar la existencia de una arquitectura romántica; negada, si se la atribuyen solamente caracteres que definen el romanticismo en la literatura, en el Teatro, en la pintura; pero cierta, a condición de no limitarla a las formas medievales que yardan y apenas prosperan en la realidad; admitiéndose entonces el romanticismo en arquitectura, simplemente por romper las ligaduras preceptistas y usar una cierta despreocupación compositiva en la adopción de los nuevos estilos (mejor o peor interpretados), primero helénicos, luego medievales y al fin todos, para acabar en la confusión eclética, que es una manera de ser propia de una época y digna de estudio en estos orígenes y en su consecuencia mas importante de al cabo de cien años: la nueva arquitectura. En todo el cuadro de esas primeras interpretaciones existe la constante decorativa, de moldura fina y escaso relieve, de composición parco y tímida.

En tal posible arquitectura romántica, que no es absolutamente una decadencia o degeneración de la neoclásica, sino otra modalidad de fondo histórico, Don Isidro Velázquez, aparece como algo mas que como un precursor, debiendo estimarsele como primera figura, que brilla mas que con el reflejo concentrado de los grandes maestros inmediatamente anteriores, con el de las nuevas luminarias, múltiples y dispersas, que empiezan a encenderse en honor de los estilos resurgidos.

No tuvo ocasión de prodigar sus dotes, tan apropiadas al momento. Así lo estimaba él mismo en curiosa carta dirigida a su discípulo el pensionado en Roma, Anibal Alvarez, padre del profesor que todos hemos conocido y estimado. Y en ella demuestra también, los entusiasmos de sus últimos días, ocupado en dibujar las ruinas de Pestum, que 'el visitara en los años mozos, dibujo romántico que según opinión propia y ajena, "era lo mas concluido de su vida".



Tan excelente arquitecto, cuyo magnífico retrato nos dejó Don Vicente López para admirarlo en sala cercana, es el que hoy recuerda la Academia de San Fernando, a la que tanto amó. Fué leal discípulo, profesor honrado, buen cumplido de sus deberes, servidor fiel y buen español".

=====